

Terror en el campamento

Sebastián Pedrozo

loqueleg

El Narrador y las criaturas de la noche

Una puerta se abre ruidosamente en plena noche. Se oyen pasos cerca de tu cuarto. Estás solo. La casa te parece enorme y vacía. Si gritaras, ¿qué pensarían de vos tus padres? ¿Que sos un cobarde? Ya estás grande para esas cosas.

11

Sin embargo, no podés salir de debajo de las sábanas. Tenés mucho miedo.

Lo que te preocupa podría estar escondido en el ropero. ¿Arriba del armario? O esperándote en el pasillo, hasta que salgas para ir al baño: nadie puede aguantar las ganas una noche entera, tenés que saberlo.

Todo te parece tenebroso. ¿A quién no?

Las sombras que te rodean forman monstruos de dos cabezas y mil patas. Si estas figuras salieran de la pared, si cobraran vida, si tuvieran voz, ¿las enfrentarías? ¿Lo harías? Mmm... puede ser, puede ser.

Yo sé que no estás seguro de tener el valor para enfrentar a las criaturas de la noche. Pero no te preocupes, no es tu culpa, es normal. Todos los chicos piensan que

los seres más terribles habitan debajo de las camas, dentro de los roperos, en calles oscuras y solitarias.

En serio, es perfectamente entendible que estés así. Lo cierto es que quien te ha quitado el sueño es el Narrador de historias de terror. Deberías pensarlo dos veces antes de leer su libro de nuevo (sí, este que tenés entre tus manos).

12 Ya sé que te gustan estos libros de miedo, pero las historias así no son para cualquiera. El Narrador lo sabe. Te conoce bien. Él no contará que te tapaste los ojos en el momento más espeluznante de la lectura (como si eso impidiera que dejaras de leer)... Tus amigos no se enterarán. Yo no voy a decir nada, te lo prometo.

En fin, vamos a comenzar, otra vez. El Narrador está listo.

¿Y vos?

Terror en el campamento

*El terror nocturno cobra formas insospechadas.
Se acuna en nuestro interior.
Debemos expulsarlo, combatirlo. Sacarlo fuera.
Y prometernos enfrentarlo, cada día, porque volverá, se lo
aseguro, como la noche misma, que nunca deja de venir.*

TONY VEDDER

La gracia era que Juanjo fuera a buscar leña solo y sin linterna.

Tenía que subir a la sierra por un camino sinuoso y repleto de ramas que se retorcían como brazos de monstruos atrapados por el suelo.

Juanjo salió, entre resignado y aburrido: a él nunca le gustaron los campamentos. Había tratado de evitarlos todos los años. Pero, ¿qué podía hacer? Sus compañeros iban sin falta. Además, estaba en sexto; sus padres le habían insistido hasta el hartazgo para que no dejara pasar la oportunidad de disfrutar del último paseo escolar.

Y, ahora, ahí lo tienen subiendo —a tientas— hacia el atado de leña que debe recoger y que, previamente, el líder le dejó en alguna parte.

Pero él no le teme a la oscuridad, los que lo conocen lo saben. Por otra parte, nadie ha sido capaz, en los seis años de colegio, de hacerle una broma que le arranque una sonrisa o un gesto placentero. Es uno de

esos chicos que no disfrutaban de las historias de terror, de los cuentos sangrientos en los que se narran proezas horribles y aventuras por el estilo. Esas fantasías le parecen una completa pérdida de tiempo.

Él es de los que se complacen con una charla bajo un árbol, y está a sus anchas cuando lee novelas de viajes y biografías de grandes científicos. Sueña con estudiar temas relacionados con la química. Pero esto le da un aire aún más serio, que los demás toman por antipatía y un poco de soberbia. Juanjo no se da por aludido y sigue actuando con tanta sobriedad como siempre. Aquel campamento no iba a ser la excepción.

Entonces, en un intento por “movilizar” un poco a su parco compañero, todo sexto año había decidido someterlo a la prueba de la leña.

La famosa prueba de la leña.

Al menos iba a tener que salir afuera del refugio, a esa increíble oscuridad que se puede sentir sobre todo en el campo, en medio de la nada. No podría evitar moverse un poco, dejar de lado los libros enormes y pesados que había llevado para entretenerse mientras acampaban.

Allá fue. Tenía una hora exacta para traer el atado de leña y encender la chimenea. De lo contrario pasaría todo el tiempo que durara el campamento como ayudante principal del líder, lo cual significaba dedicar varias horas a organizar los juegos, servir las comidas y hacer turnos para vigilar los baños durante las

rondas de higiene personal. Tembló ante esta posibilidad, por lo que, sin chistar, salió rumbo a la negrura del paisaje. Era un castigo demasiado cruel pero debía afrontarlo.

Los ojos de sus compañeros se clavaron en él.

Antes de salir, fue hasta donde había dejado su mochila y del interior sacó su linterna amarilla y roja.

—¡Ah, no! ¡Sin linterna!... ¡Qué vivo! —protestó el líder.

Juanjo suspiró y la devolvió al bolso, sin decir nada. Luego abrió la gran puerta de madera del viejo molino donde dormían cada noche.

—Hay que seguir el camino indicado. Dejamos señales a lo largo del recorrido. El atado de leña está en el punto más alto —le explicó el líder. Luego caminó hacia una repisa y de una cartuchera retiró un marcador negro. Lo sostuvo frente a los ojos de Juanjo y agregó—: Vas a necesitar que te haga el símbolo.

—¿El símbolo? —quiso saber el muchacho. Aunque sospechaba por dónde venía la respuesta.

—Sí, se trata de una marca. Los hechiceros de una tribu poco conocida que habitaba en este lugar se la hacían a los suyos para que no fueran sorprendidos por el miedo. Al menos eso se relata en la leyenda. Pero como vos sabés —ironizó el líder—, a nosotros nos encanta creernos esos cuentos infantiles. Nos parece divertido. En fin, los brujos marcaban a los más

inexpertos para protegerlos cuando salían a cazar de noche. Los indígenas creían que en la oscuridad se podían ver cosas que a la luz del día no se percibían. Y si no se estaba prevenido, podías ser presa del famoso “terror nocturno”.

—¿Terror nocturno? Terror nocturno, para mí, son los gases del gordo Marcelo —soltó Juanjo, mirando a su alrededor, pensando que su chiste haría estallar en carcajadas a toda la clase.

20 Pero todo fue silencio.

A lo lejos se escuchó un grillo. Juanjo suspiró y se imaginó al insecto frotando sus patas, perdido entre los altos pastos.

Sus compañeros estaban tan serios... Inusualmente serios. Esta extraña actitud no lo perturbó demasiado. Estaba acostumbrado a tales situaciones incómodas. Por lo general sus chistes no eran muy populares.

—Bueno, necesito que me dejes hacerte la marca contra el terror nocturno. Dame tu brazo —ordenó el líder.

—Sí, claro, no vaya a ser que me salga un espectro y me venga diarrea espontánea. ¿Necesito llevar papel higiénico? —respondió, despectivamente.

No hay que aclarar que nadie se rió. Pero ahora un murmullo creciente llegaba desde el fondo.

El líder hizo la marca. Era bastante grande: se prolongaba desde el hombro hasta la altura del codo, como una enredadera negra que se hubiera prendido del brazo. Aunque Juanjo la veía como una especie de

signo tribal que se parecía a un tatuaje de *henna*, de esos que se hacen en la playa los turistas.

—¿Ya está? —se impacientó.

—Sí, ahora estás a salvo.

—Buenísimo... Voy a buscar la maldita leña —anunció—. Déjenme algo de cena, por favor. Lo mejor que tiene este campamento son esas milanesas tamaño familiar que hace la cocinera.

Al cerrar la puerta del viejo molino, tomó conciencia de que iba salir a la oscura noche, a la soledad inmensa del campo.

Iba a salir completamente solo.

Luego, encogiéndose de hombros, murmuró para sí:

—Hacerme ir a buscar leña a esta hora... ¡Manga de locos!

Caminó largo rato por un sendero de tierra rodeado de arbustos y árboles pequeños. Iba pensando en que estaría bueno tener un laboratorio en su casa, con equipo completo de microscopio eléctrico, vaso de Bohemia, tubos, metros de caños de goma, mecheros grandes...

Los otros muchachos habían colocado varias cañas tacuara que sostenían papeles pegados con cinta, donde se leían instrucciones. Juanjo se detuvo ante una de estas señales y, con mucha dificultad, pudo descifrar los mensajes. Reconoció la letra de varios de sus compañeros de clase.